
LAS BELLAS ARTES.

SEÑORITA DIRECTORA:

SEÑORES:

COMPAÑERAS:

La Esperanza, ese faro luminoso que guía á nuestra alma peregrina en el tempestuoso mar de la vida, esa amiga cariñosa que con su sonrisa consoladora y dulce nos alienta avivando nuestra fe, es la que me anima á dirigiros por vez primera mi pobre palabra.

Largo y cansado sería tal vez, exponeros las mil fases de esa esperanza que, de un porvenir risueño atrae siempre las miradas del hombre cuya imaginación concibe incesantemente bellezas infinitas, perfecciones ideales en todas las evoluciones, en todas las etapas de los mil aspectos que en la vida los diversos seres de la creación presentan, y encontramos en nuestro derredor.

No sé por qué me ha parecido que ese ser incorpóreo que llamamos esperanza, se nos presenta, muchas veces, encarnado en las creaciones de la imaginación; esas creaciones tangibles y seductoras que como descorrien-

do un velo en nuestra selva obscura, en los terribles embates de la vida, nos presenta, en mágico panorama, toda la felicidad que presentimos siempre en los primeros años de nuestra existencia. Tal me parece encontrar en las diversas manifestaciones del arte: en la Arquitectura, en la Escultura, en la Pintura, y muy especialmente en la Poesía y en la Música. A estas creaciones de la imaginación que la inteligencia del hombre alcanza á concebir, á estas amigas de la humanidad he querido dedicar mis humildes líneas como justo tributo de admiración; ¡he gozado tanto con ellas!..... Siempre han despertado en mi corazón infinidad de sentimientos que ensayaré describiros. La Música y la Poesía, hé aquí las soberanas de las almas sensibles; ellas, desde los primeros tiempos de la civilización han sido las más poderosas y han cautivado siempre las voluntades. Parecen ser las más populares, las más accesibles, aun para las personas menos cultas.

¡Oh! la Música, arte divino que habla á nuestra fantasía con el lenguaje de los ángeles, mil veces más elocuente que el de la imperiosa fuerza de la palabra; la Música, con sus cadencias conmovedoras, es, quizá, bastante poderosa para detener el brazo del asesino en el momento de asestar el golpe fatal. Por ellas renacen las ilusiones en el corazón más seco; ellas arrancan lágrimas al réprobo, que quizá envía desde su alma depravada un grito al cielo, un grito de arrepentimiento implorando piedad.

Cuando el ciego Homero, músico y poeta, cantaba las glorias de su patria, su voz sonora tenía inflexiones tiernísimas, á su lira arrancaba sonidos armoniosos impregnados de tristeza, y su musa jamás fué tan inspirada como en aquellas horas memorables.

En la existencia tenemos días en que el sol de la esperanza se hunde en un ocaso de negras sombras; el presente nos entristece, el porvenir nos espanta. Tratamos de distraernos, buscamos emociones, recurrimos á la oración, ¡es en vano! las palabras y las sonrisas se debilitan, y permanecemos indiferentes á todo.

Pero si á nuestros oídos llegan las graves melodías del órgano, si las notas gemebundas de un violín nos recuerdan á Paganini, si la orquesta, en fin, inunda las bóvedas del templo con sus místicas notas, entonces el hielo del desaliento se deshace, y así como al calor del astro rey se esparcen por el ambiente los variados perfumes de las flores del corazón, sube á los ojos un río de lágrimas consoladoras.

En esas noches tibias y perfumadas en que la luna, derramando su misteriosa claridad, se refleja en las dormidas y cristalinas aguas de los lagos, cuando el ambiente que aspiramos está saturado con los perfumes de las flores, cuando murmuran las fuentes y la brisa acaricia suavemente las hojas de los árboles; en esas noches, digo, si percibe nuestro oído los ecos perdidos de un instrumento musical ¡cómo se electrizan nuestras muertas alegrías! ¡cuántas inefables ilusiones embargan nuestra alma! ¡cuántos sueños hermosos vemos realizables!

¡Nuestros recuerdos!..... esas figuras pálidas que nos hablan del pasado, toman en nuestra imaginación una forma risueña que nos arranca una sonrisa envuelta en un suspiro. Este soplo del alma es el beso que dedicamos á aquellos bellos días de nuestro ayer, que jamás recordamos con indiferencia.

No conozco poder más grande para avivar ó atenuar los sentimientos y pasiones, como la música; ella des-

pierta en nuestra alma afectos tan dulces, tiernos, tristes é indefinibles; pero tan hermosos!... tan profundos y enérgicos, que nos parece ser transportados á las regiones celestiales, á donde sólo el ideal alcanza á concebir tanta ventura.

Es la música poderosa, irresistible para avivar nuestras emociones; pero hay algo más completo é interesante para despertar en el alma lo más caro y sagrado que alimenta nuestros corazones, que enriquece nuestra alma, que habla á la imaginación, y cual antorcha luminosa, atrae nuestras miradas, levantando un velo al obscuro porvenir. Tal es el idioma natal, el instrumento poderoso del pensamiento, de la vida entera, del alma y de los sentidos.

Recuerdo á este propósito, haber leído no sé en dónde un pequeño episodio ocurrido á un hombre; cometió éste un delito por el que fué prisionero y desterrado á Marruecos. El reo no parecía alterarse por el duro castigo que la ley le había impuesto, y cumplía su condena no sólo resignado, sino hasta cierto punto tranquilo. Pero transcurridos algunos años, la densa nube de la tristeza comenzó á cubrir su frente, sin que se pudiera investigar el motivo de su pena, y tan sólo se observaba que cuando alguien ingresaba á la prisión, se acercaba á él anhelante y le hablaba en francés, que era el idioma de mi héroe, y cuando el interpelado le manifestaba con señas que no le comprendía, él volvía á su negra tristeza, la cual llegó á ser tan grande, que perdió la salud y fué relegado á un calabozo, pues el médico aseguró que el paciente adolecía de un decaimiento tanto físico como moral.

Pocos días después, habiendo sido colocado por casualidad como carcelero, un francés, éste, que había lle-

vado el alimento al enfermo, salió asustado del calabozo, asegurando que el preso acababa de expirar. Ocurrió el médico, y al reconocer al pretendido cadáver, vió que sólo era un desmayo, é interrogó al carcelero sobre lo que había pasado.

—Nada absolutamente—contestó el carcelero. Al penetrar al calabozo, viendo que quien lo ocupaba era un compatriota, lo saludé en nuestro idioma; entonces el enfermo, como movido por un resorte, intentó venir á mí con los brazos abiertos; quiso hablar, vaciló, y lanzando un ¡ay! tristísimo, cayó sin sentido.

Suministrados los primeros auxilios, el reo volvió en sí, siendo ésta su primera palabra:

—¿Dónde está mi compatriota?

—Acercaos, carcelero, ordenó el médico.

El interpelado obedeció diciendo:

—¿Qué queréis? ¿qué os ha sucedido? ¿cómo seguís?

Un torrente de lágrimas fué la contestación del preso. En seguida, y sollozando como un niño, dijo que al oírse saludar en francés, lengua que hacía mucho tiempo no oía, había recibido tan fuerte impresión, que no le había sido posible resistir.

—En ese saludo, agregó, no podéis figuraros todo lo que vino á mi memoria, mi patria, mi madre, mis sueños de niño, mis esperanzas de hombre, mi libertad, mis amores, todo vino á mi mente, resucitando mis más queridas ilusiones.

Tal es la influencia del amor patrio; y comprendo que para despertar nuestros sentimientos, el idioma es más poderoso que la música, la cual nos transporta á un mundo desconocido, del que sólo el alma tiene reminiscencias.

En la armonía no cabe nada que no sea ideal. Así

pues, yo, la más humilde admiradora de ella, saludo respetuosamente á sus grandes autores, que, como Bethoven, Mozart, Verdi, Rossini, y entre nosotros, Ricardo Castro, Gustavo Campa y otros muchos que sería prolijo enumerar, se han hecho inmortales por sus obras, para las que yo no encuentro rivales, si bien distingo á sus hermanas, la Poesía, la Escultura, la Pintura, menos espirituales, más corpóreas; permitidme la palabra, pero no menos arrobadoras, pues hay versos que nos cautivan, lo mismo, exactamente, que la música más bien interpretada.

El poeta, como el filarmónico, tiene notas cadenciosas que conmueven profundamente, toques admirables que arrancan exclamaciones estremeedoras.

El poeta, que no debe sus composiciones únicamente al estudio, es el que se hace escuchar con verdadero placer, porque, despertando el sentimiento en su auditorio, se ve que al escribir, ha pensado mucho menos de lo que ha sentido.

Nerón, el feroz Emperador romano, el que á la edad de 25 años se había hecho reo de los más abominables crímenes, aquél que con figura de hombre era la más espantosa fiera, amaba con pasión la rima, y al recitar sus versos, lloraba. Parecía que en esos momentos otra alma, que no era la suya, animaba su ser.

El Dante, inspirado por la pequeña Beatriz; el Petrarca, que entusiasta cantó á su Laura; todos ellos han dejado huellas luminosas que han servido de emulación á una infinidad de hombres y mujeres que han procurado imitarlos hasta la perfección.

Nosotros vivimos en un hermoso país cuyas perfumadas flores, cuyos verjeles y variadísimas bellezas cautivan, atrayendo irresistiblemente la imaginación y la fantasía á la maravillosa ciudad del encanto.

México, nación joven y hermosa, desde sus primeros días de vida ha probado que si sus fértiles llanuras, si sus preciosos bosques y áureas montañas son inagotable manantial de riqueza y de sorprendentes bellezas, si tanta grandeza asombra y satisface á las variadas aspiraciones del hombre, también es rica y poderosa en la sorprendente inteligencia de sus hijos, también la Ciencia y el Arte posan su soberana planta en los templos grandiosos del Anáhuac, también la Ciencia, también el Arte moran en esta hermosa y bendita nación.

Las ciencias vigorizan al alma, iluminan á la inteligencia con sus indiscutibles verdades; pero las artes acarician y dulcifican las tristes horas de nuestra existencia, ellas son á la vida, lo que las flores á los verjeles, lo que la esperanza al desconsuelo, lo que el amor á las dulces aspiraciones de los tiernos corazones.

¿Qué sería de la vida del alma sin esos horizontes de ventura, sin esos sublimes ensueños que las bellas artes nos hacen concebir? La ciencia sería una flor sin aroma, la vida sin ilusión, un páramo sin encantos, un desierto sin oasis. En fin, sin las bellezas sublimes del Arte, la sociedad sería algo muy frío, algo semejante á la mirada de un ciego, sin expresión. sin vida.

Nuestra México querida, también debe estar satisfecha, y nosotros orgullosos, al ver que entre nuestros compatriotas ha habido talentos superiores que en el Arte enarbolan ya el estandarte de la gloria patria, y que en los países más adelantados han alcanzado ya la admiración. Bien quisiera recordar á todos los grandes poetas y músicos notables, que han merecido el aplauso y la admiración del mundo civilizado, pero sería detenerme más de lo que intento, y sólo me limitaré á men-

cionar algunos de los más notables: entre los poetas y grandes hablistas, contaremos al Padre Navarrete, á Don Luis de la Rosa, y á Don Manuel Gutiérrez Nájera; entre las inspiradas poetisas, Sor Juana Ines de la Cruz, Laura Méndez de Cuenca, Esther Pesado, Isabel Prieto de Landázuri, y otras muchas cuyos nombres no recordar, y para quienes deseara tener brillantes frases, siquiera para hacer de sus obras el merecido elogio; pero..... no soy nada, y por grande que sea mi voluntad, no basta para vencer los obstáculos con que tropiezo á cada paso, guiada por el deseo ardiente de comunicar mis simpatías por las Artes.

Mirad entre ellas á la grave y majestuosa Escultura, arte difícil y que ofrece á la imaginación un ancho campo donde se sumerge y recrea en consideraciones que no me es dado definir. Esos modelos de admirables contornos que fascinan; esos mármoles convertidos por el hábil artista en algo que parece animarse ante nuestra vista, cuyos labios helados parecen moverse y sonreír, cuyos ojos inmóviles adquieren la expresión de un ser animado, esto, lo confieso..... es muy superior á mi inteligencia, sin embargo de haber dedicado á este asunto largas horas de meditación que me han producido sueños delirantes.

Pero ninguno como el que ocupó mi mente inspirada por la pintura, y que me permitiréis que os relate, aunque bastante sencillo, en verdad; pero que para mí fué el más hermoso.

Lo que voy á narrar, sólo lo comprenderán aquéllos que viven lejos del suelo que los vió nacer y de sus padres, seres tan caros al corazón; pero los que tengan la dicha de vivir con sus familias, y contemplen á la luz expirante de la tarde las altas torres del templo

donde recibieron las aguas bautismales, esos tal vez no hallarán nada de particular en lo que voy á decir.

Morfeo había tendido cariñoso sus tenues alas sobre mi frente, dormí tranquila un rato, mas poco á poco se difundió en mi alma un bienestar de que jamás había disfrutado.

Era una fresca brisa impregnada de aromas, que aspiraba con delicia; mis pies se hundían en una alfombra verde de agradable frescura, que sin duda la proporcionaban algunos arroyuelos de aguas cristalinas, donde se retrataba un firmamento espléndido, y en el que, cual girones de blanca gasa, se extendía alguno que otro celaje.

Amanecía, y la claridad indecisa de la aurora teñía de un rosa pálido las elevadas cumbres de las montañas; las níveas azucenas, las rosas, los tulipanes, los claveles y doradas margaritas, se doblegaban al sentir en sus corolas el llanto de la mañana. A lo lejos, como atrevidas gaviotas, sumergiéndose en las saladas aguas de un mar sereno, aparecían las blancas ovejas saltando alegres al son de la flauta pastoril que daba al viento sus más apasionados sonidos.

¡La perspectiva era soberbia! Ante semejante cuadro, mi pensamiento pretendió lanzarse atrevido más allá de la bóveda celeste, para buscar y rendirle un homenaje de gratitud al Autor de tanta maravilla.

Contemplando aquellos volcanes en cuyas entrañas palpita el elemento de la destrucción de las ciudades y cuya corona de nieve aprisiona el fuego destructor que nos puede aniquilar, pensaba yo en la pequeñez de la humanidad, comparada con la inmensidad del infinito.

¡Cuánta grandeza al lado de tanta miseria! No sé

cuántos delirantes devaneos me surgieron aquellas bellezas; sólo puedo decir que estaba absorta y confundida. Después de algún tiempo, iba á seguir mi camino, cuando, como una parvada de alabastrinas palomas, ví un grupo de encantadoras mujeres, que se me figuraron esas hadas bienhechoras de los cuentos; entre ellas estaba un arrogante mancebo á quien hacían demostraciones del más afectuoso respeto.

Yo, atónita, me pregunté: ¿quién sería aquel guapo doncel? y ¿qué vendría á buscar en aquel sitio encantador?

El, adivinando mi pensamiento, me dijo:

—¿Quieres conocerme? ven. Y tomándome de la mano me llevó consigo. Caminamos mucho... mucho... cruzando anchos desiertos, donde no se sentía ni el más leve soplo de viento, ni se veía una hierba, ni se escuchaba el canto de las aves; después, grandes llanuras, profundos valles, caudalosos ríos.

A veces, agudas espinas desgarraban mi planta; el terror me paralizaba, y el más completo desaliento agotaba mis fuerzas. Entonces, mi guía me animaba con una sonrisa, y extendiendo el brazo hacia un punto del horizonte, me decía, fijando su pensativa mirada donde brillaba el genio. Mira..... allí está la gloria de la tierra.

Siguiendo la dirección que me indicaba, veía yo en lontananza algo que semejaba un oasis en las anchas soledades del desierto; pero en el que en vez de frondosas palmeras había laureles.

Reanimada, volé, más bien que anduve, y llegué al paraje ansiado.....

¡Oh! ¿cómo describir aquel edén que sólo puede existir en la mente de un poeta ó de un pintor?.... no lo

intentaré jamás, es demasiado pobre mi pluma para ello; era, como mi joven compañero de camino había dicho: "La gloria en la tierra." No obstante, os diré lo que ví y que me hizo lanzar un grito, en el que se mezclaban confusamente la sorpresa, el dolor y la alegría.

Lo que estaba á mi vista acababa de despertar en mi alma un tropel de bellas memorias que me hablaron de las horas rápidas de mi infancia y de las primeras de mi juventud. ¿Qué fué? Nada que pueda asombraros. Mi casa, el bendito hogar donde mi madre arrulló mis sueños de niña. Sí, ahí estaba la vieja tapia por donde subían perezosamente, formando una cortina de verdura, las verdes enredaderas, mezclándose la madre selva crema á la morada hiedra y á las campánulas azules y blancas. Ahí mi pequeña ventana, en la que á través de la rústica reja de pino se vislumbraba mi modesta mansión, mis pájaros favoritos, gorjeando placenteros, los añosos árboles bajo cuya inmensa sombra tantas veces descansé. Más adelante, los pálidos lirios que yo había cultivado, y de pie, en la puerta de entrada, ví á mi padre con los brazos cruzados sobre el pecho y su franca y bondadosa mirada fija en el camino por donde una mañana fría y nebulosa del mes de Enero yo me había lanzado en pos de la instrucción que formara un porvenir risueño, si bien con la autorización del autor de mis días.

Mi padre indudablemente pensaba en mí, y un velo de tristeza se extendía por su semblante. La ilusión fué tan completa, que yo, dominada por ella, extendí los brazos, exclamando con una voz casi apagada por los sollozos:

—¡Padre mío! ¡padre mío!... é intenté estrechar-

lo contra mi corazón, palpitante de placer; pero ¡ay! toqué el vacío y murmuré tristemente ¡ilusión!... pero aun así ¡cuánto gozo con mirarla!... ¡pluguiese al cielo que jamás se desvaneciera!... y volviéndome al que me había llevado hasta allí:

—¿Es á tí, le dije, á quien debo esta dicha?

—Sí, me contestó.

—¿Eres acaso un dios, para haber realizado el más querido de mis sueños?

—Soy un dios; pero no el que supones, ni dispongo de más poder que del limitado que el Omnipotente ha concedido al hombre.

—¿Cuál es tu poder?

—El genio del artista: ¿Comprendes el valor de la perspectiva?

—¿Cuáles son los elementos con que cuentas?

—Mi estudio, mi voluntad, mi paleta y mis pinceles.

—¿Quién eres? ¿quién eres? dí, pregunté con ansiedad.

—Apeles, contestó mi interlocutor, saludándome graciosamente.....

.....
Las sombras nocturnas empezaron á caer sobre la tierra, la estrella vespertina elevóse sobre el horizonte, un rayo esplendoroso de luna prestó un tinte plateado á las aguas murmuradoras de la fuente, y el eco místico y plañidero de la campana del templo, anunció la oración de la tarde.

Yo caí de rodillas, buscando á Dios en las inmensas alturas.

Compañeras, tiernas amigas de mi juventud, á quienes dedico este trabajo, porque os considero con los dones divinos para interpretar cualquiera de las Artes,

dedicaos á ellas, con el fuego santo del entusiasmo, imitad á Murillo, á Miguel Angel, Salvator Rosa y á otros, tened fe en que la constancia en el estudio os cubrirá un día, no lejano, con los laureles del triunfo.

Con el pincel ó con la pluma, formad esa corona inmarcesible que la ciencia y el arte prometen á sus adictos, y que más tarde legaréis á las generaciones venideras, que inmortalizarán vuestros nombres.

México, Junio 27 de 1903.

ELISA ROSALES.